

## EL APARCAMIENTO DE LOS ÁRBOLES DE NAVIDAD

Cada año, Judson Baker y otros muchachos se dedicaban a vender árboles de Navidad en el aparcamiento vacío que había junto a la casa de Nancy Farr. Jud compraba los abetos al por mayor a un hombre que vivía exclusivamente de lo que ganaba en la temporada navideña gracias a los árboles que talaba de su finca cerca de Astoria y luego transportaba a Portland en camión. El hombre también poseía unas pocas hectáreas de acebo, y contrataba a estudiantes del instituto y la universidad para que trenzaran y vendieran coronas puerta a puerta; pero a Jud no le interesaban ni el acebo ni el muérdago, sino los árboles.

Los chicos comenzaban por colgar unas guirnaldas luminosas en la entrada del aparcamiento que enchufaban a la corriente del señor Farr, y a continuación disponían los abetos: los mejores bien a la vista, de pie a lo largo de la parte delantera del aparcamiento, como un pulcro bosquecillo, mientras los más irregulares y pelados los dejaban tumbados en el suelo, en la parte de atrás. Conseguían en algún sitio una tienda de campaña de dos plazas y la montaban en medio de los árboles más vistosos. En su interior ponían dos piltras con sacos de dormir y una caja de naranjas con una lámpara de gas encima. Hasta el día de Navidad, los chicos se turnaban y pasaban la noche en el aparcamiento, de dos en dos, para que no les robaran ni un solo árbol.

Aquel año les vino de perlas tener la tienda también durante el día: el tiempo no dio tregua las dos semanas previas

a la Navidad, primero con una lluvia helada, luego con un abundante aguanieve y después, más fría aún, una fina nevada de cristales de hielo que se extendió y acumuló como arena blanca sobre los montones ya helados de nieve ennegrecida. Luego, la temperatura descendió de nuevo y dejó de nevar. El tiempo se mantuvo frío y cubierto, con un fuerte viento del oeste que soplaba día y noche. Los muchachos no se quitaban la ropa de esquí ni los abrigos, con la nariz blanca y el aliento tan denso como la niebla de Tule. Durante esa primera semana mala se acercó poca gente a comprar, de modo que los chicos no tenían mucho que hacer aparte de apelotonarse en la tienda para beber cerveza y charlar. Muy pronto, las latas vacías llenaron el espacio que había bajo los catres, y detrás de cada uno de ellos se extendía una fila de botellines llenos de orina congelada. Al cabo de una semana, Clyde Marriman se hizo con una vieja estufa que instaló en la tienda, y los chicos dedicaron una mañana entera a reunir leña entre las casas de amigos y vecinos. Se deshicieron de la caja de naranjas, colgaron la lámpara del techo de la tienda, y por fin esta les ofreció algo de calor, el suficiente como para poder quitarse los abrigos y las manoplas.

Pero la clientela escaseaba, y ese año el negocio les parecía mucho menos divertido. Clyde se había enamorado de Nancy Farr y pasaba casi todo el tiempo en la enorme y acogedora casa de los vecinos, y cuando Jud acabó por acusarlo de no cumplir con la parte que le tocaba, Clyde le respondió que podían repartirse entre los tres lo que a él le correspondía.

—No va a haber ganancias —aclaró Jud.

—Pues me importa una mierda.

Y esa fue la última palabra de Clyde.

Cuatro días antes de Navidad llovió brevemente antes de la nueva ola de frío, y esto pareció animar a los compradores. En una sola tarde, Jud y Mike Maloney vendieron doce abetos; ya entrada la noche vendieron seis más, y la situación empezó a mejorar. Incluso lograron colocar algunos de los peores árboles, los del fondo del aparcamiento. Años atrás, cuando vendía para los *boy scouts*, Jud había aprendido a conseguir que el cliente pensara en términos de precio por tamaño, y a continuación enseñaba al comprador tantos árboles que resultaba imposible elegir; el cliente acababa negociando el precio de un árbol de metro y medio o metro ochenta a ciegas, con tal de que Jud, Mike o Tommy le hicieran una rebaja de diez o veinte centavos por cada treinta centímetros, hasta que por fin, con una irritación y una reticencia impostadas, el muchacho le vendía uno de los árboles de la parte de atrás con descuento, afirmando que se «poblaría» cuando llevara un tiempo en vertical.

El día de Nochebuena ya tenían más de cien dólares en la lata de cacahuets que usaban a modo de caja, aun después de haber descontado el dinero de la comida y las cervezas. Tommy German libraba aquel día y no tenía que aparecer por el aparcamiento hasta las seis, así que se fue a pasar el día al centro de Portland para hacer las compras navideñas. Llegó a su casa a las tres, se dio un baño caliente, estuvo un rato escuchando música y cenó temprano en su cuarto. Había entrado en calor, y se sentía somnoliento, ahíto y contrariado cuando tuvo que abandonar su casa bien embozado para recorrer las ocho manzanas que lo separaban del aparcamiento. Sin embargo, tras la caminata se sintió mucho mejor, y es-

taba deseando meterse en la tienda calentita. Pero la tienda había desaparecido. Pudo constatar que se había incendiado, y solo quedaban los restos. Parecía haber cientos de botellines de cerveza desperdigados por el suelo, muchos de ellos rotos, y olía a orines. Los catres estaban del revés, chamuscados, y uno de los sacos de dormir había quedado reducido a cenizas. Al cabo de un momento, Tommy se dirigió a casa de los vecinos y llamó al timbre. Nadie salió a abrir. Volvió al aparcamiento y revolvió los despojos con el pie, en busca de la lata de cacahuets que guardaban debajo de la piltra de la izquierda. Ni rastro de la lata. Mientras maldecía, con las manos metidas en los bolsillos, comenzó a caer una suave nieve.

El Ten Til One era una taberna de Fremont Street, a unas diez manzanas del aparcamiento. Era un localito acogedor con una máquina recreativa negra, dos *flippers* y una mesa de tejo en el centro, entre los taburetes de la barra y la fila de reservados con asientos de escay rojo. Tommy nunca había entrado porque no creía aparentar la edad suficiente, y tampoco tenía un carné falso; pero sabía que Jud y Mike compraban allí la mayoría de la cerveza que bebían. El bar estaba considerablemente animado para la hora que era, tal vez por ser Nochebuena, y Tommy entró y echó un vistazo a su alrededor sin que el camarero le prestara atención. En efecto, allí estaban Jud y Mike, sentados en el reservado del fondo. Se estaban riendo y tenían la cara muy enrojecida. Tommy se acercó.

—Hola, German —saludó Jud—. Siéntate, capullo.

Se incorporó a medias y pidió a gritos tres cervezas. Mike exhibía una sonrisa poco natural y tenía los ojos muy abiertos y húmedos. Tommy se sentó a su lado, con se-

rias dudas de que el camarero fuese a permitirle que se quedara. Jud se arrellanó de nuevo y lanzó un suspiro.

—Bueno, gilipollas, me imagino que quieres enterarte de lo que le ha ocurrido a nuestro puto negocio.

—¡Por el negocio! —interrumpió Mike, que alzó su vaso y lo volvió a dejar en la mesa sin haber bebido.

El camarero se acercó con tres cervezas en una bandeja y las dejó delante de los muchachos. Jud se sacó un enorme fajo del bolsillo de la chaqueta, eligió un billete y se lo tendió al camarero, que se alejó. Tommy levantó su cerveza y tomó una decisión.

—A tomar por culo —dijo—; me importa un carajo lo que haya pasado.

Jud se inclinó hacia donde estaba Mike y dijo, muy serio:

—¿Ves como yo tenía razón? ¿No te había dicho que German era un hijo de puta de los buenos?

—Eso me dijiste —convino Mike—. Pero yo no me lo creía.

—Pues ya ves que es verdad —repuso Jud, y dedicó una sonrisa a Tommy—. En cuanto nos emborrachemos nos vamos los tres a un burdel para celebrarlo.

—Si ya estás borracho —observó Tommy.

—Pero tú no —dijo Jud—. ¿Cómo quieres darle un buen regalito de Navidad a la puta que te toque si no vas bien cocido?

—Lo estaré a su debido tiempo —respondió Tommy.

Vació su vaso de un solo trago y llamó a voces al camarero.